

LA CRISIS DEL HOMBRE Y DE LOS VALORES EN LA FILOSOFIA ACTUAL *

EN BUSCA DE UNA SOLUCION PARA SUPERARLA

I

1. — Nunca tal vez como ahora el hombre ha estado tan amenazado de una quiebra de los valores que sustentan su vida espiritual, su cultura y aun su misma coexistencia y subsistencia sobre la tierra.

1) En el *orden social* internacional y nacional, en el mejor de los casos, pareciera que sólo existe un equilibrio de fuerzas, continuamente amenazado por quebrarse con el predominio de una de las partes, pero en modo alguno una paz interna lograda por un auténtico orden jurídico-moral. De hecho tal equilibrio está roto en muchos casos; y en el *plano internacional* son muchos los pueblos sojuzgados por guerras o imposiciones injustas de otros Estados más fuertes, impedidos en el libre ejercicio de su soberanía —Hungria es un ejemplo—; y en el *plano nacional* son muchos los dictadores que con violencia imponen su régimen sobre los individuos, privados de sus derechos personales y sometidos a vejaciones y humillaciones de toda índole; y las *clases sociales* más fuertes que imponen una verdadera esclavitud sobre las más débiles —la explotación humana de los trabajadores o, lo que es peor, de pobres mujeres indefensas sometidas a las garras de un comercio infame—. Ha desaparecido el *orden humano-moral*, el orden intrínseco y jerárquico, que desde la conciencia y de un modo absoluto imponía a cada uno —al Estado, familia e individuos— sus *obligaciones*, con lo cual y correlativamente aseguraba también a cada uno sus *derechos* frente a los demás, organizando a los individuos en la familia e instituciones, a éstas en el Estado y a éste en la Comunidad internacional. Y este orden se ha perdido, porque los valores correlativos de justicia y de derecho con las consiguientes normas moral-jurídicas o son desconocidas o han perdido su carácter de vigencia absoluta y han sido substituidas por la fuerza, la astucia y los intereses y pasiones en general.

2) Pero esta *crisis social* es efecto y manifestación de una crisis mucho más profunda, una *crisis del hombre mismo y de sus valores*; bien que, una

(*) Trabajo presentado al Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Venecia desde el 12 al 18 de septiembre de 1958.

vez producidas ambas —la individual y social— la una ejerce su pernicioso influjo sobre la otra.

El hombre actual ha perdido de vista su Fin trascendente y eterno y, con él, los bienes y valores capaces de cimentar una norma moral de vigencia absoluta. Se ha encerrado en su vida temporal y terrena, movido también por los valores de este orden, prevalente y casi exclusivamente materiales, desvinculados además de todo valor trascendente, y, como tales, *relativos* y dependientes únicamente de su propia voluntad. La vida espiritual —sobre todo en sus manifestaciones más elevadas: el conocimiento desinteresado, el arte, y más todavía la religión y la moral— se va alejando cada vez más del hombre común de nuestra época. Cada día es mayor el número de los hombres para quienes su única norma de conducta es el instinto o la inclinación natural de la vida animal. La inteligencia espiritual, dominada por esta vida inferior, se aplica casi exclusivamente al refinamiento de los medios para hacer más agradable la vida de los sentidos: a la salud, a la comodidad, etc. La misma ciencia parecería haberse encerrado en sus aplicaciones a este fin.

Volcado casi enteramente a los objetos exteriores por una vida eminentemente sensitiva —llevado por una inclinación natural, exacerbada por los medios técnicos modernos del cine, la radio, la televisión— el hombre ha perdido el hábito de la reflexión, el contacto consciente con su propio ser personal, la presencia de su interioridad espiritual inteligente y libre, y ha llegado poco a poco a perder el sentido de lo eterno y, con él, de su propia vida específicamente humana.

Es el hombre que ha intentado liberarse de su Fin divino y que, lógicamente, ha venido a vaciarse de su esencia, de su auténtico ser finito abierto a aquel Bien, trascendente infinito, en cuya posesión logra su propia plenitud. Con esta destrucción del *terminus a quo* —su ser substancial finito— y del *terminus ad quem* —su Fin divino— se ha hecho imposible la perfección humana y hasta la constitución de la misma norma moral. La obligación absoluta hasta carece de sentido. Todos los valores y consiguientes obligaciones han quedado *relativizadas*, dependientes enteramente de la propia libertad humana que las crea. Porque, en definitiva, sólo queda la *existencia* en un mundo temporal terreno, como un puro hacerse finito en cada instante desde la nada hasta la muerte, como una pura libertad abandonada exclusivamente a sí misma, sin normas ni imposiciones extrínsecas, eligiéndose a sí misma y con ello sus propios valores, dueña enteramente de sí. “Dios ha muerto”, decía Nietzsche, el hombre está solo y es dueño total de sí; y el Existencialismo actual procura llevar hasta las últimas consecuencias esta derelicción total del hombre: nada es sin el hombre, sólo es en el hombre, que, vacío de toda esencia o ser permanente, no es sino pura existencia o egreso de la nada para la nada, pura libertad o auto-creación finita de sí en cada instante. De este modo el hombre

se recupera totalmente, alcanza un *humanismo* absoluto: sólo mi *existencia* o autodeterminación que crea su vida y sus valores libremente en cada instante. Frente a la vieja concepción que “enajenaba la vida y el ser temporal del hombre” entregándola a Dios y a una vida inmortal futura, el hombre actual cree haber recuperado para sí su única verdadera vida material-temporal y se ha deshecho, lógicamente, de todas las obligaciones y sometimientos provenientes de aquel Fin trascendente y eterno, correlativo de su esencia espiritual; ya que ambos han sido desalojados de su perspectiva existencial-temporal. Ahora no tiene más que esta vida huidiza temporal y terrena, finita, que no es sino que se hace desde la nada, pero la tiene como su único dueño, que la forja en cada instante libremente, como auto-creación suya, como él quiere, sin exigencias ni imposiciones de nada y de nadie, sin saber para qué es y qué debe hacer con ella: una libertad como pura indeterminación sin sentido, como *nada* de ser y deber ser, absurda y a la deriva.

II

2. — Pero he aquí que cuando se creía enteramente dueño de sí, libre de toda exigencia de la verdad y del bien, superior a ellos, y libre también de su propio ser y deber ser inmanente, el hombre de hoy, ansioso de felicidad, se encuentra con su nada y su miseria, y sometido no ya al bien y a su perfección sino a la *esclavitud* de sus propias pasiones —que nunca puede satisfacer plenamente y cuya misma satisfacción, cuando la logra, lo dejan siempre insatisfecho— y de sus propias creaciones técnicas —de la máquina, de las armas, etc.—, indemne frente a la libertad de los demás —los atropellos de toda índole de los más fuertes— y sobre todo del que siempre es más fuerte que él, el Estado, y que lo han aplastado con los totalitarismos más diversos, de derecha y de izquierda, habiendo perdido con su libertad total los medios eficaces para defenderse de ellos.

Olvidaba el hombre que al *liberarse* del *ser* trascendente y, con él, de todas las exigencias de la verdad y del bien absoluto, se diluía y se hacía imposible toda *obligación*, también la de los demás, sin excluir la de los más poderosos y la de los gobernantes, y que cada uno quedaba así abandonado a su propia libertad frente a la de todos los demás, en muchos casos dueños de medios más poderosos que los suyos, para sojuzgarlo y someterlo, sin defensa moral ni física alguna. Se llegaba así al *homo homini lupus* de Hobbes. No tuvo en cuenta el hombre que el liberarse del *ser* y del *bien* y de la *verdad* trascendentes y de toda *obligación* absoluta consiguiente, implicaba *ipso facto* privarse de todos los *derechos* —que sólo pueden tener vigencia de tales con la *obligación* moral absoluta de los demás de reconocerlos y respetarlos— y

quedar sometido a un puro juego de libertad, vale decir, de fuerzas destituidas de todo contralor moral y movidas sólo por intereses y pasiones egoístas.

Ha surgido así este "mundo roto" (Marcel), despiadado, donde la vida material y más la espiritual del hombre, se torna cada día más difícil, este ambiente cada vez más irrespirable de egoísmo y de odio; y donde el amor como entrega al amado ha sido substituído por un pseudo-amor, que no es más que un egoísmo disfrazado en que se quiere al otro como *medio* de goce: someterlo a sí como un objeto, y donde, por eso, "el infierno son los otros" (Sartre). Y en este estado anárquico, sin ley ni normas que obligen desde dentro, y, correlativamente, sin defensa posible frente a los desmanes de los demás, surgen la inseguridad, el temor, la angustia y la desesperación. Una vida temporal finita, que comienza y termina en la nada, y que surge sobre ésta como un conjunto de dolores, sin esperanza de una justicia definitiva y de un amor que la haga feliz eternamente. Una vida absurda y sin sentido, que conduce al hombre a la desesperanza cuando no al suicidio.

3. — Y no es que ignoremos que, aún con el reconocimiento de la verdad y del bien, el hombre sea capaz de quebrantos y de hecho haya quebrantado todas las leyes morales y conculcado todos los derechos. El hombre siempre ha pecado. Pero, a más del avance del mal a extremos antes inconcebibles —al menos desde el advenimiento del Cristianismo— hay una diferencia esencial entre el desorden de épocas pasadas y el de la actual: que antes el *desorden* era un *hecho*, reconocido como claudicación de un *orden* que se lo reconocía de *derecho*, como *valor*; hoy a ese *hecho* se le ha dado categoría de *derecho* o, con más precisión, se ha perdido la norma misma para discernir lo que es de hecho o de derecho, lo que es bueno o malo en sí: todo simplemente *es*, no hay más *deber* o exigencia propiamente tal, porque con el *ser* ha desaparecido el *deber ser* y lo que simplemente *es* está reducido a un *aparecer* fenoménico o patencia. Y así hemos visto justificar y hasta enaltecer en obras literarias y aún filosóficas contemporáneas lo que repugna al sentir moral común de todos los hombres: la infidelidad conyugal, la desertión, la traición y hasta los actos *contra naturam*. Y ello con toda lógica, si se supone que cada uno, eligiéndose existencialmente, elige *su* valor, aunque con ese acto elija para todos. *Vale* lo mismo elegirse como fiel o infiel a lo prometido, como malhechor o como santo: incluso estos conceptos han perdido todo sentido donde no hay ya canon para discernirlos.

4. — Ahora bien, si es cierto que múltiples causas no filosóficas han incidido e inciden inmediatamente en la formación del estado de *anarquía* y *amoralidad* actual, también es cierto que la mayor parte de ellas están nutridas por una concepción de la vida, cuya formación ha sido determinada o influenciada por las grandes direcciones del pensamiento filosófico; y que, en

todo caso, de haberse formado extrafilosóficamente, a la filosofía tocaba oponerse y hacerlas caducar.

Es verdad que el problema es mucho más complejo; y que en él intervienen con mucho más eficacia causas extrafilosóficas, como sería una pérdida de la fe y del espíritu cristiano, y cuya solución consistiría en el robustecimiento de ese mismo espíritu; bien que de la pérdida de la fe y vida cristiana es también responsable en gran parte la filosofía moderna.

Pero limitándonos a la responsabilidad que toca a la filosofía en la creación de la situación en que se encuentra el hombre y los valores en la actualidad, nos preguntamos: ¿De dónde ha provenido este desastre actual del hombre, de sus instituciones y de su cultura? ¿Dónde está el principio del error que, desarrollando sus virtualidades, nos ha conducido hasta la encrucijada histórica, en que nunca como hoy se ha encontrado el hombre individual y socialmente y sus valores? ¿Cuál ha de ser la tarea que la filosofía deba cumplir para colaborar, en su ámbito, a la salida de esta situación inhumana y amoral del hombre en la actualidad y ayudar a colocarlo en un camino auténticamente humano?

5. — Estamos convencidos de que la filosofía ha influido en el estado actual del hombre —y en algunas tendencias hasta ha pretendido justificarlo— por un *proceso lógico* que se desarrolla desde un *principio* falso, enquistado desde el comienzo de la Edad moderna en las más diversas y aun opuestas posiciones filosóficas, y cuyas consecuencias sin duda no previeron siempre sus mismos autores (1). Este principio es la desarticulación de la vida espiritual y, por ella, de todo el hombre, respecto al *ser* —con la siguiente pérdida de la *verdad* y *bien*— del *ser* trascendente, y luego del propio *ser* inmanente individual; o, en otros términos, el que el espíritu humano, en lugar de centrarse en el ser trascendente —*onto* y *teocentrismo*—, se ha centrado en sí mismo: no es la realidad quien determina objetivamente la vida espiritual del hombre, sino que es ésta quien la crea u organiza en su inmanencia.

Es notable observar cómo las dos grandes corrientes de la Filosofía moderna y contemporánea: el *racionalismo* y el *empirismo*, llegan, por caminos opuestos, a esta misma conclusión. El *racionalismo*, al descuidar la experiencia, pierde el contacto intuitivo con la realidad y se queda en un mundo de esencias abstractas, primero, hasta llegar, luego, por una lógica interna del sistema —por el desconocimiento de las diferencias de los seres concretos, dadas en la experiencia— a *univocar* el ser, al *monismo-panteísta*, primero de tipo *realista*, y, definitivamente, de tipo *idealista*. De este modo el ser individual y

(1) No que aparezca de repente en esta Edad, sino que los gérmenes, sembrados ya en la decadencia de la Filosofía medioeval, recién cobran fuerza y vigencia a comienzos de la Edad moderna.

también el propio ser humano, quedan absorbidos en una inmanencia trascendental divina impersonal.

Por el otro extremo, el *empirismo*, sólo admite el conocimiento sensitivo y, correlativamente, los objetos fenoménicos de las cosas. Privada de su objeto propio, el *ser* o *esencia* inmaterial de las cosas, la inteligencia no puede trascender los fenómenos; los cuales, desprovistos del ser, no son sino apariencias en el sujeto cognoscente: *esse est percipi* (Berkeley). Más aún, el mismo sujeto queda reducido a un conjunto de fenómenos actuales, vaciados de ser (Hume). La realidad objetiva y subjetiva se diluye en un conjunto de “notas existenciales” fenoménicas, que logran sentido desde y por la nada (Existencialismo actual).

El noble esfuerzo de la *Fenomenología*, con su rama la *Axiología*, por superar esta absorción de los objetos y valores por parte de la subjetividad, de las dos corrientes anteriores, fracasó precisamente, porque, reconociendo la trascendencia intencional de la conciencia, pretendió, sin embargo, despojar al *objeto* de *ser*, y al *valor* de *bien*, vale decir, conservarlos *desrealizados* y, por ende, reabsorbidos, como instancias intencionales, en la misma conciencia.

Desarticulado del ser trascendente y vacío del ser inmanente, el hombre queda así libre, libre hasta de su propio ser —*la libertad de la nada*— como puro hacerse —*sin ser*— de sí, dueño de darse los valores o normas a elección propia, carentes por eso mismo de todo alcance absoluto de obligación o imposición moral estrictamente tal. Pero con el ser no sólo se libera de sus exigencias ontológicas del *deber ser* u *obligación*, sino también de todo *derecho* y amparo frente a los otros, que sólo el *ser* con sus exigencias o *deber ser* es capaz de sustentar eficazmente como obligación de los demás.

Con el *ser*, el hombre ha perdido el *deber ser*, en el *plano teórico y práctico*, es decir, ha perdido: 1) La organización intelectual de las normas absolutas morales, pérdida que ha traído la desorientación moral en el plano teórico: no saber qué se es y para qué se es en el mundo, cuál es el camino del perfeccionamiento humano; y 2) La organización efectiva de su vida, de su libertad, de acuerdo a esas normas intelectivas que lo conducen a la consecución del Fin o Bien con la consiguiente perfección humana, pérdida que ha traído la anarquía y la amoralidad actual.

6. — El camino de recuperación del hombre para su auténtica vida y ser espiritual y su perfeccionamiento no puede comenzar en Filosofía sin el restablecimiento del alcance ontológico de la inteligencia, sin la recuperación del ser trascendente, de Dios en definitiva, en cuya luz se aprehende y esclarece a sí mismo, el *ser* del propio hombre, y el *deber ser* del camino de su cultura y perfección espiritual: intelectual, moral y religiosa, tanto individual como social.

Porque no siendo el *Ser* infinito, cuyo *Ser* y actividad —*Pensar* y *Amar*—

se identifican en el Acto o Perfección pura, sino el ser finito, aunque hecho y abierto esencialmente al ser infinito por su espíritu —por su inteligencia y voluntad—, el hombre no puede alcanzar su perfección por el mero ejercicio de su actividad espiritual inteligente y libre, sino por la ordenación y sometimiento de la misma al *ser* trascendente, como *verdad* y *bien*, y, en última instancia, al *Ser, Verdad* y *Bien divinos* y a sus exigencias o *deber ser* absoluto, que es lo mismo que someterse al bien y las exigencias del propio ser del hombre —que es *tal* por aquel Fin que lo determina— para alcanzar su perfección o plenitud ontológica humana.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI